

ambos extremos (1). Así se cumple, añade otro Evangelista, lo que había anunciado el Profeta: Dios mismo os dará una señal, y obrará un prodigio. Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y se llamará Emmanuel (2), que significa Dios con nosotros (3), Dios dado á nosotros, Dios unido á nuestra naturaleza, y por consiguiente, nuestra naturaleza elevada al órden divino en la persona de Dios hecho hombre.

Ese divino Emmanuel, el Verbo hecho carne, es Jesucristo. ¡Qué grandeza, pues, se nos descubre en él! ¡Qué motivos tan poderosos para que le rindamos el tributo de nuestra admiración, de nuestro respeto, de nuestra gratitud y nuestro amor! Repitamos la palabra de San Pablo: En Cristo Jesus se propuso Dios Padre resumir, recapitular y estrechar todas las cosas en el cielo y en la tierra (4). Este es el designio eterno de Dios, el sacramento de su voluntad en la Encarnación del Verbo.

¿Repugna, Señores, este misterio á la idea verdadera de Dios, el infinito en bondad, en sabiduría y en poder? ¿Qué cosa más digna de Dios que el designio de comunicarse cuanto es posible á su obra, sin hacerla desaparecer en el abismo de su grandeza, y conservándole cuanto desde el principio le concediera? Era propia de Dios esta obra, dice Santo Tomás, porque era digno de él mostrar su sabiduría, su poder y su bondad. ¿Qué cosa de más poder que unir extremos tan sumamente distantes? Obra de gran poder fué la unión de elementos distintos, mayor la unión de ellos á un espíritu increa-

(1) Ephes. II, 20.

(2) Isai. VII, 14.

(3) Matth. I, 23.

(4) Ephes. I, 10.

do. ¿Qué cosa más sabia que la unión del primero con el último, esto es, del Verbo de Dios, principio de todas las cosas, y de la humana naturaleza, que en la obra de la creación es la última de las criaturas, para complemento y perfección de todo el universo? ¿Qué bondad mayor que la de querer el Criador comunicarse á sus criaturas? Esta bondad fué grande, uniéndose por presencia con todas las cosas, mayor comunicándose por gracia á los buenos, pero suprema comunicándose á Cristo hombre, y por consiguiente á todas las cosas en él compendiadas, en unidad de persona (1).

¿Repugna al órden que reina en el universo, y por consiguiente á la razón, esa unión de dos naturalezas tan distintas, Dios y hombre? ¡Ah, Señores! exclama Tomasino. ¿Qué otra cosa vemos en el universo, que esa unión de sustancias distintas y hasta opuestas, para formar la escala ascendente y la armónica relación de los seres? El mineral se une al vegetal, y ambos al animal, y los tres, formando ya como uno, al racional é intelectual en el hombre, acreciendo siempre la perfección del más alto de estos grados á la de los inferiores (2). ¿Qué

(1) Congruerat hoc opus Deo, quem decebat sapientiam suam ostendere, potentiam et bonitatem. ¿Quid autem potentius quam conjungere extrema summe distantia? Magna enim potentia fuit in conjunctione disparium elementorum, major in conjunctione illorum ad spiritum increatum. ¿Quid vero sapientius quam quod ad complementum totius universi fieret conjunctio primi et ultimi, hoc est, Verbi Dei, quod est omnium principium, et humanæ naturæ, quæ in operibus sex dierum fuit ultima omnium creaturarum? ¿Quid benignius et melius, quam quod Creator rerum communicare se voluit rebus creatis? Quæ benignitas magna fuit in conjunctione sui cum omnibus rebus per præsentiam; major quia communicavit se bonis per gratiam; maxima quia communicavit se in Christo homini, et per consequens generibus singulorum, in unitate personæ? (S. Thom., opusc. 60, *De humanit. Christi.*)

(2) Ex duabus naturis perfectis una conflatur natura perfectior. Natura corporis perfecta est, a vegetante tamen vita perficitur. Vita seu anima vegetans perfecta est, a sentiente tamen amplius accipiet perfec-

es el hombre? pregunta San Agustín. El alma unida al cuerpo, dos sustancias distintas formando un solo supuesto. ¿Qué es Cristo? Dios unido al hombre en unidad de persona (1). De modo, hermanos, que como la imagen de la Trinidad está en el alma del hombre, en la union de esta con el cuerpo está la imagen de la Encarnacion del Verbo. Como el alma racional y la carne no forman sino un hombre, así, dice el Símbolo de San Atanasio, Dios y hombre es un solo Cristo (2). La razon podrá no comprender el *cómo* de esa union que, como dice San Bernardo, es el mas admirable de los milagros (3), pero porque no lo comprenda, jamás podrá decir que es repugnante ó imposible. Para ello debería encontrar repugnante tambien é imposible la union del alma y del cuerpo, que forma el primer misterio de la naturaleza.

¿Se opone, en fin, este misterio á la dignidad del hombre y á las aspiraciones legítimas de su corazón? Inventad, si podeis, otro que le eleve á mayor altura. Tanta, tan excelsa, tan soberana es esta elevacion de la

tionis incrementum. Natura animantis perfecta est..... intelligentiæ tamen radio accedente, ineffabile percipit augmentum perfectionis. Natura denique intelligens perfecta est, et si velis reliquarum comparatione perfectissima est; at Deitati collata, nec perfecta quidem est, sed perficienda.... Naturæ omnes, superioris naturæ inundatione, earum unaquælibet perficitur ulterius, et in amplioris coaptatur perfectionis totalitatem. Et humanitas ergo totum sui generis et perfectum est, et Deitatis tamen in perfectius totum, id est, in perfectiorem hypostasim rapietur. ¿Quid enim hypostasis, quam totum et ultimæ perfectionis cumulus est? (Thomassin. in dogmat. Theolog. *De Incarnat. Verbi*, lib. 3, cap. 16.)

(1) ¿Quid est homo? Anima habens corpus. ¿Quid est Christus? Verbum Dei habens hominem. (S. August.)

(2) Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus. (*Symbol. S. Athan.*)

(3) Omni miraculo mirabilius est quomodo tam diversa, tamque diversa ab invicem potuerint conjungi. (S. Bern., *Serm. 3 De Vigil. Natio. Domini.*)

naturaleza humana, dice San Agustín, que no hay mas allá á donde pueda ser levantada (1). La Encarnacion lleva al hombre hasta el nivel de Dios, le hace su hermano, le une á él, y al hacerlo no le roba su libertad, ni le priva de su carácter propio, y por su medio eleva á todas las criaturas.

Hé aquí, hermanos, lo que debemos al Verbo encarnado, á nuestro Señor Jesucristo. ¿Será posible no reconocer en él al primer título de gloria de la humanidad, al fundamento de nuestra grandeza, y al único principio de nuestra vida y felicidad? ¿Será posible no amarle, no bendecirle, no tenerle siempre á la vista, como ejemplar divino á que debe acomodarse nuestra vida, si ha de corresponder á la dignidad que por él hemos alcanzado? Con razon dice San Pablo: Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, al Verbo hecho carne, al Dios hombre, al restaurador de todas las cosas, al autor de nuestra elevacion al órden divino, anatema, maldicion sobre él (2).

Hasta ahora, Señores, hemos considerado el gran misterio del Verbo hecho hombre en sus relaciones con el plan divino para la restauracion del universo, por este medio llevado á su perfeccion y unido al Criador en la persona de Jesucristo, segun el designio de Dios, de resumir, recapitular y perfeccionar todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra. Pero la palabra de San Pablo, que esto nos dice, tiene otro sentido, como vimos al principio, y por lo mismo nos lleva á considerar en este misterio una relacion especial con el género humano, en cuanto lo ordenó Dios á la restauracion del mismo, le-

(1) Tam excelsa, et tam summa est hæc humanæ naturæ subvectio, ut quo attollatur altius non habeat. (S. August., *De prædest. Sanct.* cap. 15.)

(2) I Cor. XVI, 22.

vantándolo, y con él al universo entero, de la abyección en que cayera por el pecado. Estudiémoslo bajo este punto de vista, que mas y mas nos descubre las grandezas de Jesucristo, y sus títulos á la adoración y al amor de todos los hombres.

SEGUNDA PARTE.

El hombre, criado á semejanza de Dios, sentía en su corazón una atracción poderosísima hácia aquel de quien era imagen, una pasión verdadera de Dios, de unión íntima con él, y Dios mismo la alimentaba revelándole, según Santo Tomás, que llegaría á esa unión que había de consumir su gloria por la Encarnación del Verbo (1). Pero el hombre, dice Tertuliano, se dejó llevar de una impaciencia desordenada por la consecución de ese término de su grandeza (2), aspiró á ser como Dios por usurpación, quiso conseguir su gloria por la oposición de su voluntad á la voluntad divina. Este desorden introdujo en la humanidad el ángel que en su orgullo se negó á adorar al Verbo que debía hacerse carne, cuando le reveló Dios este misterio como el medio de elevar hasta sí todas las cosas (3). Lleno de envidia por la preferencia dada á la naturaleza humana para realizarse esta unión

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ.

(2) Perit et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam. (Tertul., *De Patient.*, cap. 5.)

(3) Suarez, *De Angelis*, lib. 5, c. 12.

personal de Dios con sus criaturas, y viéndose en castigo de su soberbia para siempre arrojado al abismo bajo el peso de la maldición de Dios, que le priva eternamente de toda participación de su bondad; se propuso corromper al hombre, y por él á todas las criaturas de la tierra, degradarle y hacerle indigno de esta unión, para privarle y privar al universo de la grandeza que se le preparaba. Hé aquí por qué infunde en el corazón y en el espíritu de los primeros padres esa idea y ese deseo de elevarse al término revelado, á la participación de Dios por medio de un acto de desobediencia; y susurrando en sus oídos esa palabra que tanto debía halagarles, porque les recordaba lo que el Criador quería darles, *seréis como Dioses* (1), los arrastra á su ruina, precipitándolos en el abismo del pecado, que es el alejamiento de Dios, la oposición á Dios para buscar en el miserable y limitado círculo de las propias facultades el secreto de la deificación. Desgraciado hombre, exclama San Bernardo: el ángel rebelde, siervo infiel, te persuadió á que alargases tu mano, y usurpando la diadema real, la pusieras sobre tu cabeza. Cogido en el hurto, ¿qué extraño es que temblases y que huyeses avergonzado de la vista de tu Señor? (2)

Desde este momento, Señores, á la distancia inmensurable que la naturaleza de cada ser establece entre el finito y el infinito, entre Dios y el hombre, se añade el abismo sin fondo del pecado que es la oposición á Dios, el alejamiento de Dios, á quien pecando dice la criatura:

(1) Gen. III, 5.

(2) Olim tibi persuasum est ab infideli quodam servo, ut furtim tolles, et imponeres regium diadema capiti tuo. Deprehensus in furto ¿quidni timeres? ¿quidni fugeres a facie ejus? (S. Bern., *Serm.* 1, *De Nativ. Domini.*)

apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (1). Al obstáculo que opone á la union de Dios y del hombre la desproporcion de ambos extremos, se agrega la mayor mil veces que opone el mal al bien, la degradacion y la culpa á la perfeccion y santidad infinitas. Para que pueda realizarse el plan divino es necesario expiar el pecado, destruirlo, reparar las ruinas del género humano, levantarle de su postracion, reconciliarle con Dios, y con esto disponerle á la comunicacion inefable de la bondad divina.

Ahora bien, ¿logrará el ángel rebelde lo que en su nécio orgullo se propuso? Precipitando al hombre en el pecado, ¿impedirá la realizacion del plan divino de elevar al hombre á la consumacion de su gloria? Ah, no, hermanos. El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, tomará á su cargo la restauracion de su obra, y aunque la naturaleza humana se haya corrompido, se unirá á ella, la levantará de su abyeccion, la santificará, y la encumbrará á la más sublime grandeza, haciendo que mas y mas brillen las divinas perfecciones en el cumplimiento de su eterno designio de comunicarse soberanamente á sus criaturas, cuanto mas alejadas se hallan de él y mas necesitadas de su misericordia. Por ello, á la revelacion del gran misterio del Verbo humanado para elevar al hombre, consumacion de la gloria que se le hizo antes del pecado, se añade el día mismo de la caida la revelacion del mismo misterio para reparar las ruinas, para expiar el pecado, para reconciliar al hombre con Dios, para purificar (2) y restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (3), y llevar á su término el plan divino.

(1) Job. XXI, 14.

(2) Colos. I, 20.

(3) Ephes. I, 10.

A esta revelacion sucedieron otra y cien mas, y no solo el pueblo hebreo, corazon de la humanidad y depositario de las promesas, sino todos los pueblos esperaron la restauracion, y al Dios-hombre restaurador. En el fondo de todas las teologías y tradiciones, se descubre esta verdad consoladora, que alimenta con el deseo y la esperanza la gran pasion de Dios que siente la humanidad. Elevarse, engrandecerse, divinizarse, hé aquí la constante aspiracion del hombre. Ella le precipitó en el pecado, dejándose engañar: ella le degrada y corrompe, mientras por sí solo y por errados caminos busca el término: ella le salvará cuando Dios se digne bajar á la humanidad, y tomarla para sí mismo en union inefable.

Dios lo quiere, Dios lo hace y realiza ese gran prodigio, que San Pablo llama el Sacramento de la piedad (1); porque la Encarnacion del Verbo es la demostracion mas evidente de la bondad de Dios, que quiere comunicarse á su criatura, y de su piedad, que se complace de ella en su abatimiento, y desciende no solo á la infinita profundidad que separa la naturaleza humana de la divina, sino á la mas profunda todavía de la naturaleza caida por la culpa. El Verbo, haciéndose hombre, no solo comunica á este con liberalidad de amor lo que es de Dios, sino que toma para sí lo que es del hombre, se reviste de su carne, hace suyas las miserias humanas fuera del pecado (2), carga sobre sus hombros las deudas del hombre para destruir lo que le degrada y le aleja de su fin, y para enriquecerle con los dones inefables de su gracia y su amor.

(1) I Timoth. III, 16.

(2) Christus venit suscipere infirmitates nostras, et suas nobis conferre virtutes: humana quærere, præstare divina; accipere injurias, reddere dignitates; ferre tædia, referre sanitates. (S. Joann. Chrysost., *Serm.* 50.)

Esta es la obra del Verbo hecho hombre, la obra de Jesucristo, segun nos la describe San Pablo. Escuchemos á este Apóstol. Desde la eternidad, prevista la caída del hombre, decidió Dios restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra por medio de su Hijo (1), por quien todo fué hecho (2), en quien todo subsiste (3), y á quien ha hecho heredero de todas las cosas (4). Llegada la plenitud de los tiempos, no por méritos que tuviera el hombre, sino por su misericordia, nos hizo salvos (5); es decir, por el infinito amor que nos tiene, envió á su Hijo hecho hombre en el seno de una mujer, y sometido á ley, para que con su sacrificio redimiese á los que estan bajo la ley del pecado, para que recibamos la adopción de hijos de Dios (6), y con ello seamos imitadores de Dios como hijos carísimos (7), creciendo en varones perfectos hasta llegar á la plenitud de Cristo (8), y hechos hombres nuevos, segun el modelo del segundo Adán (9), seamos santos é inmaculados en su presencia (10), y aparezcamos como una nueva creación (11), dilatados en la caridad por el Espíritu Santo que se nos ha dado (12). Para llegar á este término, continúa el Apóstol, Dios, por medio del Verbo hecho carne, reconcilia el mundo consigo (13), haciendo á su Hijo pecado por nos-

-
- (1) Ephes. I, 10.
 (2) Joann. I, 2.
 (3) Coloss. I, 17.
 (4) Hebr. I, 2.
 (5) Tit. III, 5.
 (6) Gal. IV, 4.
 (7) Ephes. V, 1.
 (8) Id. IV, 13.
 (9) Coloss. III, 10.
 (10) Ephes. I, 4.
 (11) Gal. VI, 15.—Jacob. I, 18.
 (12) Rom. V, 5.
 (13) II Cor. V, 19.

otros (1), para que crucificado en él el hombre viejo, quede destruido el cuerpo del pecado (2). Hecho esto por el Verbo encarnado, que es nuestra paz (3) y el príncipe de ella, como lo anunciara el Profeta (4), y mediante la efusión de su sangre pacífica, vuelve al orden y armonía todas las cosas en el cielo y en la tierra (5), y lavado ya el mundo con la sangre del Cordero (6), y constituido en el orden cuanto la prevaricación desordenara, consuma la restauración, derramando su espíritu sobre el género humano (7), y en él sobre toda la creación elevada, estrechada, unida á Dios en la persona del Verbo hecho hombre, que dándonos el carácter de hijos de Dios, nos da derecho á llamarle Padre, y á esperar la posesión de la eterna herencia (8), y subiendo al cielo nos hace sentar y reinar con el mismo (9).

¡Cuán magnífica es, Señores, esta exposición del gran misterio, hecha por el Apóstol enviado á evangelizar las admirables riquezas de Jesucristo! ¡Cuánta bondad en Dios Padre! ¡Cuánto amor en Dios Hijo! ¡Cuánta grandeza para el hombre!

Hemos visto el designio; veamos el cumplimiento. Su historia es del Evangelio. El ángel del Señor es enviado á una Virgen desposada en Nazaret; su nombre María. María, esa criatura privilegiada, cuya alma es el paraíso de Dios, y que como semilla de la humanidad

-
- (1) II Cor. V, 21.
 (2) Rom. VI, 6.
 (3) Ephes. II, 14.
 (4) Isai. IX, 6.
 (5) Coloss. I, 20.—Ephes. I, 10.
 (6) I Petr. I, 19.—Rom. III, 25.
 (7) Joel. II, 28.—Act. Ap. II, 17.
 (8) Rom. VIII, 15, 17.
 (9) Ephes. II, 6.